

DEPARTAMENTO DE ZOOLOGÍA-VERTEBRADOS

Estudios zoológicos en la zona de Tres Arroyos (Buenos Aires) por el doctor Emiliano J. Mac Donagh

Los estudios zoológicos en campaña realizados en la zona de Tres Arroyos durante una breve visita a la zona, fueron la continuación de las observaciones preliminares sobre el terreno por mis alumnos señores Ángel C. Umana, Ricardo Novatti, Abraham Willink, Juan G. Esteban y Francisco J. Risso, además de los estudios en el Museo sobre los materiales aportados por ellos y otros colaboradores. De estos últimos debo mencionar en primer lugar al doctor don Antonio Sorgentini, médico distinguido de la ciudad cabeza del partido, quien como Director del Museo regional patrocinado por la Biblioteca Sarmiento, ha facilitado en forma digna de todo encomio nuestros viajes y trabajos, por lo cual mucho se lo agradecemos. Como se ha dado a conocer en las Memorias del Museo de La Plata, desde hace unos tres años se ha establecido un canje ventajoso de materiales y preparaciones que a nuestro Instituto le permite renovar sus colecciones y aún adquirir nuevos materiales, mientras al Museo Regional se le suministran piezas de interés general o se le preparan muestras taxidermizadas definitivas de algunos elementos característicos de su fauna; esto le permite desarrollar paso a paso su plan de servir a la cultura de la ciudad, exhibiendo elementos no accesibles de otra manera, y de constituir una muestra de lo regional; tratándose de una institución particular, su acción es tanto más meritoria por cuanto permite una ilustración objetiva a los numerosos alumnos de las escuelas de la zona.

Tres grupos de ambientes se presentan en este partido:

- 1) el mar, que pertenece al Océano Atlántico;
- 2) el fluvial, cuyos ríos desembocan en aquél;
- 3) el terrestre, que hacia adentro, donde se asienta la ciudad de Tres Arroyos, es un « hinterland » de tipo pampeano, bien llano, de gran riqueza agrícola, especialmente de trigo, por cuya producción es famoso este partido; y la franja vecina a la costa, más característica, de médanos fijados y médanos vivos, con bastantes lagunas, y que es zona de trigales y de ganados, especialmente el ovino; esta franja atrajo más mi interés por su peculiar fauna vinculada al suelo de dunas.

La ocasión de estos estudios se ha renovado con otras después del viaje que ahora publico, y que espero dar a conocer en una memoria ulterior.

Ellos son la realización de un plan que vengo siguiendo desde hace tiempo y que comencé a publicar en la *Revista del Museo* en el año 1934, en mi estudio sobre la distribución geográfica de los peces argentinos.

A la vez, ese mismo año 1934 efectué varias excursiones en los partidos de Lobería y Necochea, pescando en los ríos y lagunas e investigando la vida animal en la zona circunvecina de los campos más o menos ondulados que delatan la influencia del médano, casi siempre fijado. En años sucesivos he recorrido desde la costa del Río de la Plata, en las vecindades de La Plata, por Los Talas, la Balandra, Punta Blanca, Atalaya, Magdalena; los montes de tala, coronillo y otras especies, y los pajonales y la costa de las estancias El Destino de Pearson, San Isidro de Earnshaw, Punta Indio y su arroyo, Luis Chico de Shaw, Juan Gerónimo y el Rancho de Barreto, hasta el Sanborombón y el Salado; luego en la costa sur de la bahía Sanborombón, en General Lavalle los bañados de Ajó o Tuyú, los canales, los cangrejales y los campos donde viven los últimos venados y gamas, *Ozotocerus bezoarticus celer* (véase mi trabajo en *Notas, Museo de La Plata*, tomo V, *Zoología* n° 33, págs. 49-68).

En viajes anteriores había visitado la zona de Mar del Plata hasta el sur de Punta Mogotes, encontrando seca una laguna que hacia 1928 estaba poblada por una fauna de aves acuáticas interesantes, de las cuales un coleccionista logró muestras para el Museo; hacia el norte de la misma localidad, recorrí la laguna Mar Chiquita, que presenta por su región interior aguas dulces, que son mantenidas por el aporte de los arroyos y canales; y por su salida al mar y partes vecinas tiene agua salada, con alguna mezcla, pero lo bastante marina como para que allí vivan lenguados, corvinas, etc. También recorrí la zona interior con las lagunas de Los Talitas, Nahuel Rucá, etc.

En otros viajes se estudió la zona de Lobería y Necochea desde el arroyo y laguna del Malacara hasta el límite con Tres Arroyos, que está señalado por el arroyo del Cristiano Muerto; en estos viajes se prestó especial interés a los peces del río Quequén Grande, que es el mayor de todos cuantos forman el sistema de ríos del sur de la provincia de Buenos Aires; según el *Anuario Geográfico Argentino*, 1941, páginas 84 y 85, tiene una longitud de 170 km y su cuenca fluvial, con los afluentes, es de 9904 km cuadrados. Algunas observaciones y materiales de peces de este río han sido publicados por mí en la *Revista del Museo de La Plata*, 1934, tomo XXXIV, y otros serán dados a conocer por trabajos que ya tengo realizados o por mis colaboradores. El interés de este río reside, además, en cuanto al conocimiento científico de la fauna, en que sirve de base para la comparación con la de los otros ríos que le son más o menos paralelos.

Por razones de conveniencia en la época de aquel viaje de 1934 hube de pasar de largo por la zona del presente informe y seguir adelante hasta establecer mi base de trabajos en Babía Blanca; allí se exploró la costa y los elementos fluviales y de campo vecinos; para enumerar en orden, fueron estudiadas las lagunas de Sauce Grande, el río Sauce Grande, la pesca de Punta Alta o Puerto Belgrano, con peces marinos de lo que llaman

Arroyo Pareja y Cuatrerros, luego el Napostá Grande y algunos bañados, para pasar finalmente al Sauce Chico y verificar que prácticamente no llevaba agua a la bahía, tan disminuido estaba, en gran parte por su utilización para riego de quintas y chacras. Fui acompañado por el hoy doctor don Raúl Ringuelet, profesor suplente de mi cátedra.

En estos viajes se han estudiado además el río Colorado, su laguna Salada en Pedro Luro, la zona marina de San Blas y su isla o península, el litoral de Patagones y el río Negro desde la boca hasta la laguna Cubanea. (Pueden verse, entre otros, *Notas preliminares del Museo de La Plata*, 1931, tomo I, págs. 63-86; la misma, 1934, tomo II, págs. 287-313; *Notas del Museo de La Plata*, 1936, tomo I, págs. 423-429; tomo II, págs. 44-51; *Revista del Museo de La Plata*, sección *Oficial*, 1936, págs. 166-173; *Revista*, sección *Zoología*, 1938, tomo II, págs. 119-208; y *Physis*, tomo XVII, págs. 211-215, además de algunos artículos míos sobre Hudson, que describió parte de la fauna de aquella zona).

De manera, pues, que correspondió al año 1944 el permitirme volver a la zona de Tres Arroyos para completar la exploración faunística del litoral bonaerense y su franja de tierra inmediata, siendo de interés, además de lo ya dicho, el contar con una serie de estaciones de colección para la *fauna residente*, pues a medida que avanzamos hacia el oeste nos aproximamos a la separación de la fauna argentina del norte y de la argentina patagónica; en cierta manera se podría decir que estamos en los últimos dominios de la fauna de llanura bonaerense, antes de dar con las avanzadas de la fauna patagónica; el límite no es preciso, según se comprende, pero ya pasando la amplia hondonada de Bahía Blanca, corriéndose el descenso de las Sierras hacia el oeste, aparecen netamente las especies que podremos encontrar en la Pampa y que son características de la Patagonia. Desde luego que allí influyen factores ecológicos del tipo pampeano, por el suelo y su escasa humedad, con los caracteres del clima ya más acentuados y la consiguiente manifestación en el aspecto vegetal.

Aumenta el significado de esta separación el hecho que también la fauna de peces de agua dulce encuentra allí su límite; la fauna de tipo paranense ya empobrecida en familias, géneros y especies en los ríos y lagunas de la provincia de Buenos Aires termina con 2 ó 3 especies en la región de Bahía Blanca, pasando al sur solamente la ubicua *Jenynsia lineata*, mientras que en la nueva zona fluvial, bien separada, del río Colorado aparecen dos especies de la escasa fauna patagónica de agua dulce, la trucha criolla o perca, *Percichthys trucha*, y la perca espinuda, *Percichthys altispinis*.

En el litoral de Tres Arroyos, de amplio desarrollo, frecuentemente con grandes playas, algunas muy frecuentadas y acreditadas por esa misma extensión, la pesca profesional está poco desarrollada, pero no porque falte la pesca sino porque la gran distancia a los centros de consumo no permite una ganancia razonable a los pescadores, en general gente poco o nada provista o previsora. La pesca del tiburón llamado cazón o gatuso se ha

intensificado extraordinariamente, sobre todo en la vecindad de Claromecó, al punto de abandonarse la otra pesca; ello se debe al gran precio que se paga por los hígados, para la extracción de vitaminas; por esta circunstancia, que ojalá sea permanente para beneficio de ese meritorio gremio (y temo que no pueda mantenerse) como quiera que para nuestras pescas dependíamos de las actividades de ellos y sus embarcaciones, no pudo lograrse una buena y variada muestra de la fauna marina de peces. Con todo puede confirmarse lo que ya he dicho en otros trabajos y es que llega, como hasta Bahía Blanca, el elemento marino del norte, lo que para la nominación de Regan y Norman sería la fauna « argentina », con, por ejemplo, el clupéido llamado vulgarmente « hacha » o « lacha », la lisa (*Mugil* sp.), la pescadilla (*Cynoscion striatus*), la corvina negra (*Pogonias cromis*), la corvina blanca (*Micropogon opercularis*), el lenguado (*Paralichthys brasiliensis*) (*orbignyianus*), lengüitas (*Symphurus* sp.) y el curioso pez uranoscóvido *Ypsilonphorus seipinosus*, del cual no conseguimos traer los ejemplares.

En cambio, aparece allí el *Bovictus argentinus* o torito, que es un elemento netamente patagónico, del cual, es verdad, conocemos su aparición ocasional en Mar del Plata; aunque hay referencias sobre el róbalo, (*Eleginops maclovinus*), no lo conseguimos, y se sabe que se lo encuentra en Bahía Blanca o cerca, teniéndolo nosotros de San Blas; este es otro elemento patagónico.

Puede adelantarse en este informe lo que se tratará en un trabajo que estamos elaborando con el señor Francisco J. Risso sobre los peces de esta zona, y es la notable penetración de los peces marinos en los ríos y especialmente en el Quequén Salado, donde reiteradamente los coleccionó el señor Risso en una serie de excursiones en ocasión de sus vacaciones y otros viajes a la ciudad de Tres Arroyos. De éstas puede señalarse como muy notoria su pesca de ejemplares adultos del congrio real o pez palo, *Percomphus brasiliensis*, a más de 2 km dentro de la desembocadura. Se puede suponer que entran a desovar, como lo harán las corvinas y otros peces, lo cual se conoce también de otras partes del mundo, y, para la corvina negra, es un hecho bastante familiar a los pescadores en el río Salado que desemboca en la bahía de Samborombón; pero en el Quequén Salado esta es la primera vez que lo conocíamos. Por otra parte, el señor Risso también pescó en el río, cerca de su desembocadura, algunos ejemplares jóvenes de la llamada « anchoa de banco » o pez azul (*Pomatomus saltatrix*); lo mismo había conseguido yo antes en el Quequén Grande, comprobando que dotados de su conocida voracidad, vivían allí devorando crías de otros peces, sobre todo de pejerrey. Las lisas (*Mugil* sp.) eran frecuentes, pero como crean un problema especial es preferible reservar mi exposición para el trabajo en preparación ya dicho.

Con esto vemos que el río en su desembocadura y buena parte de su curso inferior presenta un ambiente apto para la vida de ciertos peces ma-

rinos, por lo menos durante un período de su vida. Es para unos un lugar de desove, o por lo menos lo presumimos tal mientras nuevas colecciones nos permitan demostrarlo; para otros es un habitat de cría, hasta tanto adquieran un punto de desarrollo que les permitan vivir en las condiciones de su estado normal de adultos; para algunos es un lugar de comida; pero de cualquier manera es muy importante señalar la necesidad de mantener expedita la entrada del río, que, por cierto, es algo cambiante, y con tendencia a cerrarse por los bancos de arena.

En cuanto al ambiente fluvial, los tres arroyos que dan su nombre a la ciudad (fundada por el mismo fundador de la capital de la Provincia, en 1884) son corrientes menores, o « brazos », uno de ellos con un nombre reputado antiguo, y que luego se reúnen formando el arroyo Claromecó, de discutida etimología araucana: significaría los « tres arroyos con juncos ». Este Claromecó desemboca en el mar formando un codo hacia el este, entre bancos de arena, y sobre su ribera derecha, que viene a quedar al sur por causa de la curva, había un cordón de médanos: parece que cambia con cierta frecuencia su lecho en la desembocadura. Los peces de mar penetran algo en él; es un río de aguas dulces y de escaso caudal.

Mayor es el Quequén Salado, cuyo nombre le viene de que sus aguas son de sabor pronunciadamente salobre, como lo comprobé en su curso medio, arriba de la llegada de su afluente Indio Rico, y que así siguen sus aguas hasta donde ya se puede gustar la influencia salada del agua de mar. Según el *Anuario Geográfico Argentino*, este río, que sólo tiene como afluentes el arroyo Indio Rico y el Seco (!), ambos por su margen derecha, nace a una altura de 200 metros sobre el nivel del mar, y tiene caídas o saltos de 4,86; 4,30; 2 y 4,90 metros; el desnivel es de 179 metros; la pendiente media es 0,0026 m por km; la cuenca fluvial con sus afluentes es de 4,616 km cuadrados; su longitud es de 93 km y el caudal (utilizable) en metros cúbicos por segundo es de 0,50; 0,572; 0,50 y 1,53.

Los saltos son muy notorios y por ahora basta citar el último, cerca de la « cueva del tigre », gruta amplia que sirvió de guarida a un gaucho alzado o matrero y que según me dijeron fué por muchos años un refugio intomable hasta que la policía lo hizo volar con explosivos, por precaución. Este salto resulta una barrera definitiva contra la ascensión de los peces del curso inferior, entre los cuales hay peces marinos o de origen marino, además de los que propiamente son fluviales, pero que no podrán ya salvar ese obstáculo aguas arriba. En el curso medio hemos visitado otro salto (figs. 1 y 2), más importante, cerca de la nueva carretera, en la vecindad del campo de Aldaya, y en un ambiente variado que ha suministrado materiales interesantes; en los terrenos y barrancas vecinas el doctor Sargentini encontró varios fósiles dignos de mención y que fueron incorporados al Museo Regional. Los peces de esta parte son pejerreyes (Aterínidos), caracínidos tetragonopterinos y acestrorranfinos, bagres (Pimelódidos), calictidos (*Corydoras*) y, como siempre, el pecilido viviparo llamado



Fig. 1. — El salto del río Quequén Salado en los campos cercanos a la carretera a Coronel Dorrego, llamada la Cascada Grande. Obsérvese a la derecha la gruta formada por la acumulación sobre el perfil del salto. La figura de un hombre al medio permite dar una idea de las dimensiones del salto.

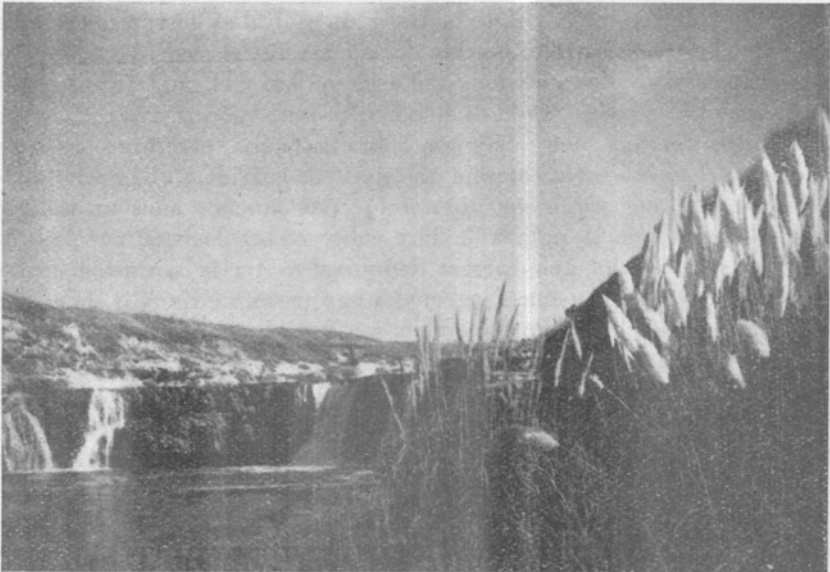


Fig. 2. — Otra vista de la misma cascada de la figura anterior, con el aspecto de las lomadas al fondo. Las plantas con penachos son las cortaderas que decoran mucho de su contorno. Foto del señor F. J. Risso

« overito » o « pechito » o « madre del agua » (*Jenynsia lineata*)¹. En resumen, aquí tenemos, en la división ictiológica bonaerense de agua dulce, como expresión meridional de la fauna paranense, casi en su límite, una asociación fluvial reducida que, según lo que conozco por mis viajes, termina en el río Sauce Grande por lo que hace al litoral, y en el arroyo Pigüé como límite pampeano.

El ambiente de campo y de los médanos y sus lagunas fué estudiado en varios lugares, ya sea en la vecindad de los ya mencionados o en otras partes intermedias favorables. Algunas de las colecciones recibidas en el Museo

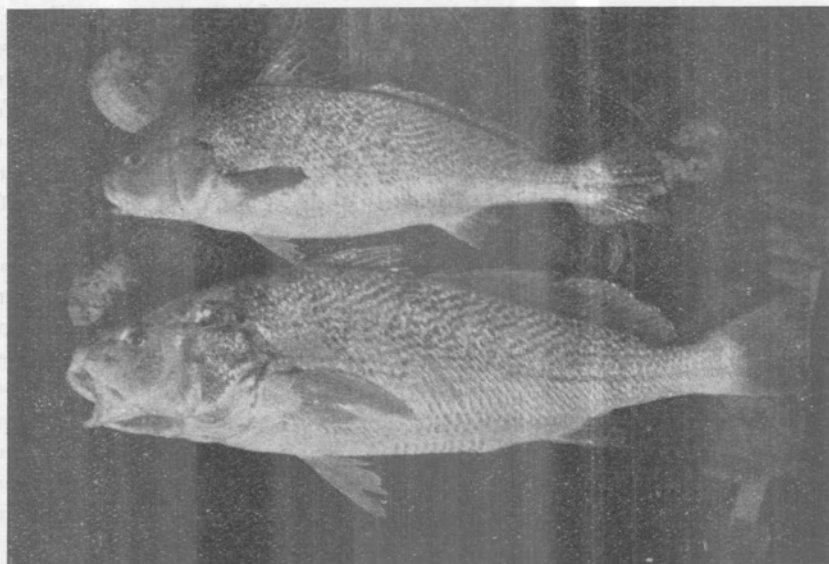


Fig. 3. — Corvinas blancas del mar, pescadas dentro del Quequén Salado. Foto del señor F. J. Risso

pertenecen a otros puntos, pero siempre dentro de las características ya anotadas.

Cronológicamente, después de los primeros datos y materiales suministrados por el doctor Sorgentini y el señor Risso, la campaña inicial fué el viaje de los señores Umata y Novatti, preparando el primero los ejemplares de aves cazadas, y anotando el segundo sus observaciones sobre las *avutardas* para la elaboración de una tesis sobre la etología de las mismas y sobre la estada de las aves en la zona antes de la migración de retorno anual.

Se trata, en efecto, de una zona excepcionalmente apropiada para el estu-

¹ Allí, como también lo he oído en el Delta, en Mercedes, etc. lo llaman « mojarrita », nombre erróneo, pues así se llaman otros pececillos muy diferentes, que viven en el mismo ambiente y son caracínidos de los géneros *Tetragonopterus* y *Astyanax*.

«dio de estas curiosas aves anseriformes, tan impropriadamente llamadas avutardas, para las cuales debíamos reivindicar el nombre de caiquenes o cauquenes o canquenes, pues el usado por Hudson de gansos del altiplano (« upland goose », en singular, con la especificación de « barred » o de « ashy headed », para las dos formas), no resulta ajustada para éstas que fundamentalmente suponemos migrantes desde las praderas herbosas de Tierra del Fuego. Los materiales coleccionados lo fueron principalmente en la parte de Orense, donde estaban en buen número. Las bandadas correspondían sobre todo a la *Chloëphaga picta*, como la llamamos siguiendo a Steullet y Deautier en su *Catálogo*, que adoptan la conclusión de Hellmayr; es la forma tantas veces citada bajo *Chloëphaga magellanica* y *Chl. dispar* o *inornata*, o bajo el género *Bernicla*, de la cual contamos ahora de esta localidad con materiales variados, representativos de las diferencias de plumaje; y estaban acompañadas por la otra especie, *Chloëphaga poliocephala*, la de cabeza gris, pero en menor número, y de la cual también se coleccionó. Estas bandadas llegan hacia el 15 de mayo y se van antes del 15 de septiembre; siempre en vuelo sobre el mar, como si la patria nativa fuese Tierra del Fuego, donde se sabe bien que la especie anida y migra al norte, pero no le conocemos la ruta. Será preciso proceder al anillado de los ejemplares, con la esperanza de recuperar algunos en el otro extremo de su viaje anual. Sólo así sabremos si los de Tres Arroyos son caiquenes fueguinos, como se piensa. Los datos que se van acumulando en nuestro archivo revelan que el problema de la migración de estas especies es cada vez más complejo; así, pongo por caso, hay testimonios (J. Peters y nuestros colaboradores y corresponsales) de que « poblaciones » de avutardas de los territorios del Neuquén y Río Negro se mantienen estacionarias todo el año, nidificando y creciendo, pero sin migrar; son éstos algunos de los temas que nos quedan por investigar.

Entretanto, lo concreto es que las avutardas son una plaga para la próspera agricultura de Tres Arroyos, pues se asientan sobre los trigales recién nacidos, los comen, pisotean y perjudican con sus deyecciones. Se han intentado muchos procedimientos de lucha contra estas bandadas invasoras, persiguiéndolas de día y de noche, atacándolas en la oscuridad, cazándolas a tiros, etc., pero como ya lo hiciera notar Hudson respecto de las que vió en Patagones y Viedma, son muy astutas y pertinaces. En Tres Arroyos y el partido vecino de Coronel Dorrego usan el avión para correrlas y espantarlas, con todo éxito; cada colono o agricultor paga una cierta cantidad de dinero por « corrida » del avión, según las hectáreas de campo cultivado que le interesa proteger y el aviador vuela sobre las bandadas asentadas, que inmediatamente toman vuelo y huyen delante; cuando se efectúa la corrida hacia el mar se lograba cansar las aves, que finalmente se asentaban lejos a nadar, cosa que según dicen era eficaz para que no volvieran; otras veces se las llevaba lejos y a campos donde no pudieran perjudicar por ser yermos. Me contaron que en ciertos lugares donde por el

buen sembrado las avutardas siempre iban y siempre se las perseguía, bastaba que a la distancia se oyese el ruido del motor del avión tomando vuelo para que las bandas huyesen. Pero está claro que este medio de prevención y defensa sólo puede resultar eficaz si se mantiene la cooperación entre los agricultores y la solidaridad de los otros, pues bastará que haya espacios donde no se contrate la corrida para que el avión no tenga por qué efectuar allí las corridas y por lo tanto sirvan esos campos de refugio para las dañinas bandadas. Como se sabe, por decreto del 20 de octubre de 1931, del gobierno nacional, la avutarda fué declarada plaga de la agricultura, disponiéndose que los organismos técnicos adoptaran « las medidas que juzguen necesarias para la destrucción de ese animal ». Ante las dificultades que vengo de esbozar y otras que no es del caso exponer, pero viendo que ya se dió con un remedio racional, es del caso decir que precisamente una coordinación entre los organismos oficiales, que tienen a la mano medios mucho más amplios que los agricultores y tienen cómo pedir y conseguir no ya un avión o dos sino un servicio organizado de ellos, y contando con los avisos de los agricultores, se podría en pocas campañas dominar la plaga; no digo « destruir ese animal », consigna que es un contrasentido biológico y nada conforme a nuestra directivas científicas modernas, pero sí a dominar o desviar la plaga en cuanto tal, como en la práctica, ha resultado en gran parte de nuestro país con la vizcacha.

En estos viajes se coleccionaron ejemplares y se practicaron observaciones sobre otra interesante ave migratoria, la llamada « bandurria de invierno », que no es bandurria sino un ibis (*Theristicus caudatus melanopsis*), de la subespecie o raza geográfica que migra desde el sur, anidando en Tierra del Fuego, Santa Cruz y otros lugares australes, y llegando hasta la provincia de Buenos Aires, especialmente al sudoeste de la misma, y muy particularmente a esta franja costera que nos ocupa; ésta es, pues, otra ave que viene del mar. Por fortuna, es ave insectívora, útil perseguidora de larvas y de insectos adultos que viven escondidos en la capa superficial de tierra vegetal, a los cuales extrae con su largo y corvo pico; entiendo que debe ser particularmente útil contra los llamados « gusanos blancos », plaga de la agricultura, sobre todo del trigo y la avena, que fueron motivos de interesantes estudios por el ingeniero agrónomo don Luis De Santis en la zona agrícola de Tres Arroyos, cuyo centro son los campos experimentales de selección de « La Previsión », determinando que los « cascarudos negros » son las especies *Dyscinetus gagates* (predominante) y *Euethoela humilis*. En los primeros días de septiembre todavía estaban (en 1942) las bandurrias en la parte de Orense, y di alguna noticia de aquel material en mi publicación en las *Notas del Museo* (tomo VII, Zoología n° 62, referencian la pág. 381).

También del mar llega la gaviota cocinera o dominica (*Larus dominicanus*), la llamada gaviota grande o gaviotón o gaviota marina, que es propia de la costa, pero que vaga por todo el campo, siendo carnicera y carroñera,

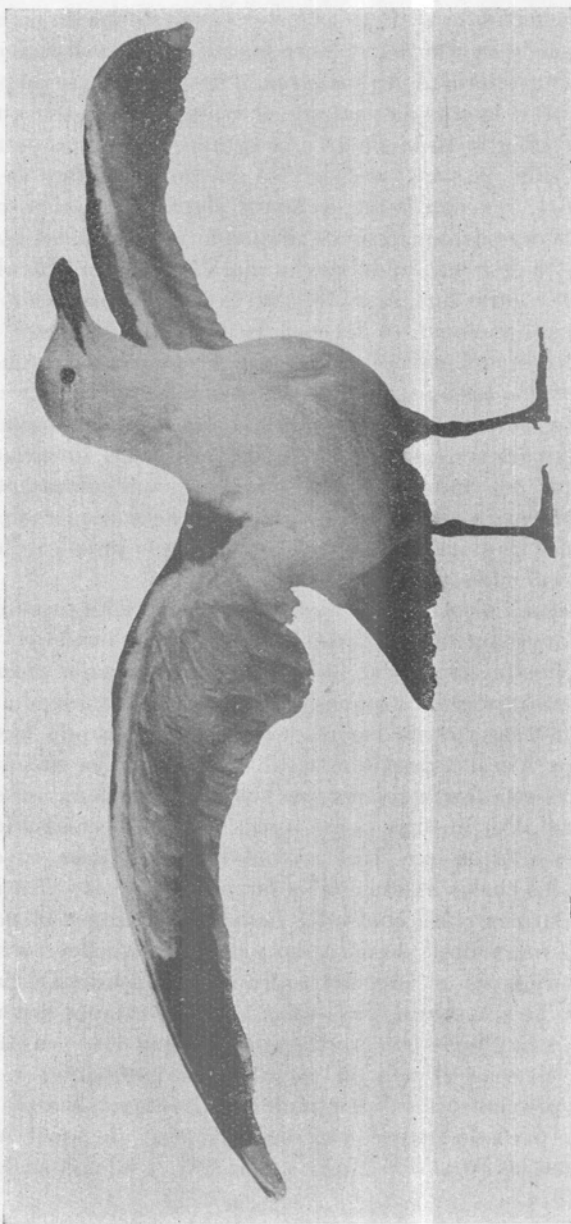


Fig. 4. — La gaviota dominica, llamada también cocinera, marina o gaviotón. Ejemplar montado y exhibido en el Museo. Foto del Museo

hasta el punto que los estancieros la consideran dañina, pues ataca a los corderitos recién nacidos, y es muy fuerte y atrevida (fig. 4).

Las aves acuáticas, aparte de las mencionadas, están muy bien representadas; las gaviotas de capucho café (*Larus maculipennis*), cuya etología fué el principal tema de estudio para el viaje de los señores Esteban y Willink, y que hemos continuado coleccionando y observando; existe una cadena

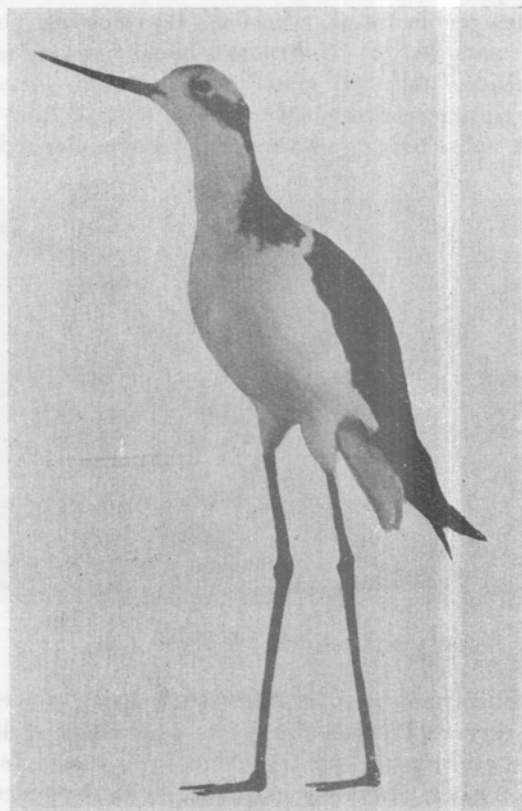


Fig. 5. — El tero real. Ejemplar de Tres Arroyos exhibido en nuestro Museo

de lagunas de agua dulce entre los médanos, generalmente separadas entre sí, algunas veces comunicadas a lo largo, o con alguna situada más adentro; estas lagunas son buenos lugares de cría y de estada para las gaviotas, que luego de iniciada la arada de los campos vecinos acuden a éstos para comer los « gusanos blancos » que levanta el arado con la reja; se trata, pues, de aves muy útiles y que es preciso no solamente proteger, como se hace en la práctica por toda la gente de campo, sino favorecer por medio de obras de mantenimiento de las lagunas y bañados; respecto de la zona de Gene-

ral Lavalle, uno de sus grandes criaderos, he tratado el problema en las *Notas del Museo*, 1944, tomo IX, Zoología n° 80, páginas 591-695, lo cual se aplica también aquí.

En una excursión del doctor Sargentini y el señor Rizzo cazaron algunos ejemplares de la otra especie, *Larus cirrhocephalus*, que es rara y constituye un problema de zoogeografía; parece estacionarse en algunas épocas en la boca del Quequén.

En los mismos ambientes se coleccionó varios chorlos, el tero real que está exhibido armado (fig. 5) (*Himantopus himantopus melanurus*); el macacito o zambullidor chico; el viguá (*Phalacrocorax olivaceus olivaceus*), que solía pasar en parejas o pequeños grupos hasta la boca del Quequén, buscando pesca, sobre todo a la hora que se recogían las redes, y que uti-

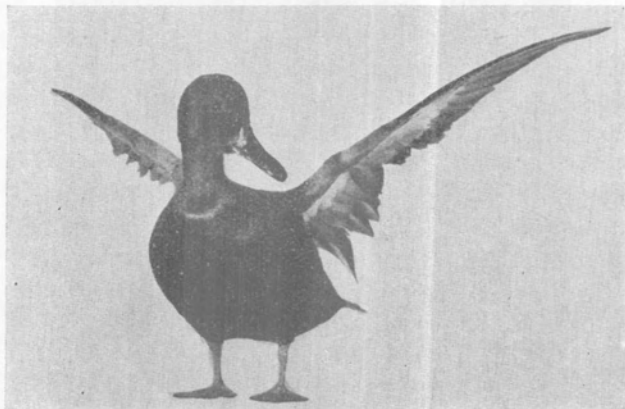


Fig. 6. — El pato colorado

lizan como vía el mismo curso del río, volando bajo; el cuervillo de cañada o bandurria negra (*Plegadis falcinellus guarauna*) en las lagunas y el río, a veces solitarios, pero luego reuniéndose en bandas, sobre todo a las horas de sus vuelos, matinales y vespertinos, de los dormideros a los comederos; el cuaco o zorro de agua o dormilón (*Nycticorax nycticorax tayazúguirá*), algunos de los cuales anidan en un monte de eucalipto cerca del llamado « Médano seco »; la garza colorada, un hallazgo raro para ser tan al sur; los patos eran variados, siendo abundantes las cercetas o sarcelas, y están exhibidos en nuestras galerías dos ejemplares muy buenos, uno del « pato colorado » (fig. 6) que también es una cerceta para el concepto de Casares (1940, *El Hornero*, vol. VII, pág. 329), por su tamaño pequeño, su afinidad con *Nellion*, y su posible inclusión con los otros en el género *Anas*, como quiere Peters; este pato colorado (*Querquedula cyanoptera cyanoptera*) es de amplísima distribución geográfica, desde nuestro sur en las Malvinas y Tierra del Fuego hasta el sur de Estados Unidos; otro pato

que exhibimos de esta zona es el pato « barcino » (fig. 7); también, en el primer viaje, el señor Umana coleccionó un « pato cuchara » (*Spatula platalea*) en la región de Orense.

El hornero o casero (*Furnarius rufus rufus*) es en el concepto común un ave arborícola, de costumbres también terrestres por la necesidad de la comida. De acuerdo, pero se debe tener bien presente su tipo de nidificación, basado en el uso del barro, y para ese barro necesita una cierta clase de suelo y una cantidad de agua para que haya barro; no es mucha agua, pero alguna requiere para sus operaciones; además, un tiempo de duración de ese barro, para que disponga de él en el tiempo que emplea en construir

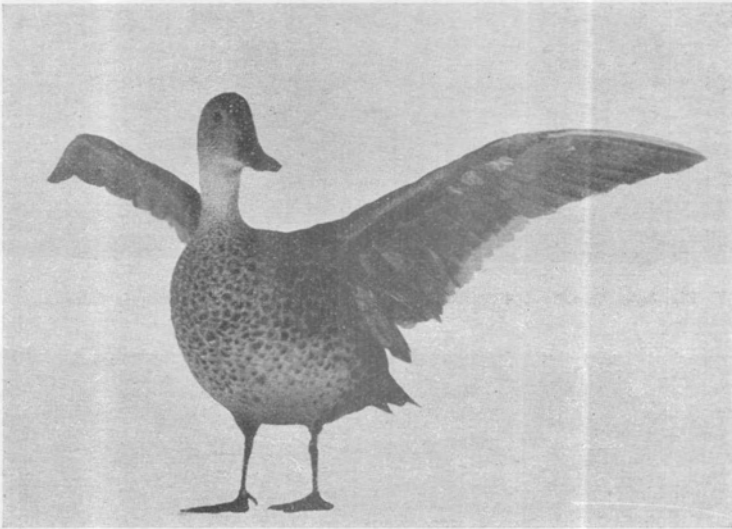


Fig. 7. — El pató barcino

su nido; parece que el hornero no llega más que al norte del territorio de La Pampa, faltando al centro y sur; en cambio, dos o tres grados más al sur de ese concedido límite, lo tenemos en la provincia de Buenos Aires; allá se trataría de un ejemplo de « barrera ecológica », en relación con la etología de la especie. En estos campos de Tres Arroyos existe la especie, favorecida ahora por las plantaciones de árboles de las estancias, pues antes, en las condiciones naturales, poco o nada de vegetación arbórea tendría esta pampa; es cierto que conocemos ya numerosos casos de nidificación en el suelo por parte del hornero, y más de una vez el horno estaba asentado a poca distancia de alguna arboleda; pero parece tratarse de una anomalía, sino es una reversión a condiciones ambientales ancestrales. Pues bien, en las barrancas del río Quequén Salado, a unos 3 km de la desembocadura, en el paraje conocido por Médano Seco, estancia cuyo



Fig. 8. — Un nido de hornero en un hueco de la barranca del Quequén Salado



Fig. 9. — Otro « horno » de hornero, como el de la figura anterior

acceso agradezco a don Pablo Ambrosius, encontramos hasta tres nidos de hornero, contruídos en huecos naturales, pulidos unos por la deflación, otros por el lavado de las grandes crecientes del río (figs. 8, 9 y 10). Las barrancas miden allí de tres a cinco metros, teniendo algunas una franja estrecha de playa o de materiales derrumbados, lo que permite recorrerlas al borde del agua en parte de su extensión; así se ven los huecos, algunos probablemente formados, aparte de por las acciones ya dichas, por la caída de alguna masa de tosca o por la profundización de la boca de

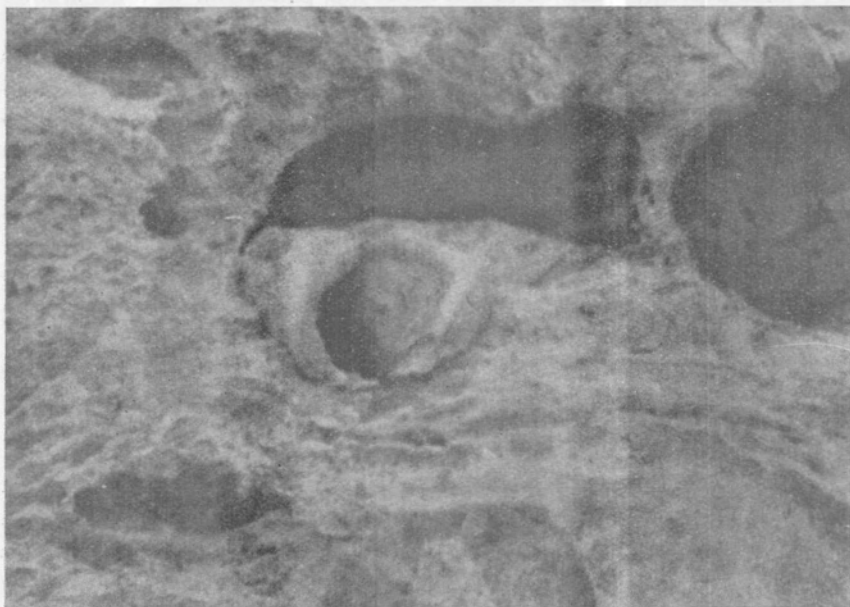


Fig. 10. — Otro horno, inconcluso, cerca de los de las figuras 8 y 9

la cueva de algún ave, como hay muchas en la faz de las barrancas. Los tres hornos de hornero estaban colocados altos sobre este camino al pie, y quedaban más cerca de la capa de tierra vegetal, es decir, del nivel del campo. Su material era muy parecido al grisáceo pardo claro de los huecos que los albergaban, y era evidente que los pájaros habían utilizado como barro el mismo limo formado al pie de la barranca por los materiales caídos y en contacto con el agua del río. Dos nidos estaban terminados, aunque abandonados hacía ya tiempo, algo desgastados por la intemperie; el tercero no fué terminado y era el de forma más aparte de la propia del horno, pues su « domo » fué prolongada a los lados para sostenerlo en las paredes del hueco de la barranca; en dos de ellos se notaba claramente que los horneros habían aprovechado para no construir completa-

mente la pared del fondo sino que utilizaron la faz del hueco, sobre la cual fueron pegando en redondel el barro de las paredes. La protección que pudiera ofrecer la barranca como lugar de instalación del nido es poca; respecto de los agentes del ambiente, no parece necesitarlos el horno, que, precisamente, es el tipo de nido más perfecto; contra los animales predadores, salvo que su ubicación es menos visible, tampoco parece más segura, pues es más fácil a una comadreja colorada, pongo por caso, trepar aquella barranca de tierra blanda que no por la corteza lisa de un eucalipto; a unos trescientos metros de allí existe una plantación de estos árboles bien desarrollados. Me dieron noticias que habían visto otros hornos en la barranca, y parece que en el curso medio, cerca de la cascada o salto mayor, también. Advierto que el hecho de encontrarse tres nidos en un espacio de cosa de 1 km, no supone necesariamente que viva en ese ámbito una colonia de horneros con ese hábito particular; puede ser solamente un casal, que haya abandonado un primer y un segundo nido y construido el otro; efectivamente, los datos que se van acumulando sobre las modalidades o psicología del hornero, es decir, lo que hoy se llama el « comportamiento específico », nos permiten decir que en ciertas circunstancias los horneros en una misma estación reiteran su obra, y por otra parte, cada hornero guarda preferencia por un lugar o un tipo de lugar (por ejemplo, determinada horqueta de un tala u otra idéntica), y hasta parecería que los hijos de un casal heredan el gusto por el ambiente donde nacieron. Un resumen de estas peculiaridades puede verse en mi artículo en *El Hornero*, 1942, vol. VIII, páginas 250-256.

Nidos de hornero en situaciones parecidas (no me refiero aquí a los edificios en el suelo) fueron publicados por el doctor Alberto Castellanos (1926, *El Hornero*, vol. III, n° 4, págs. 409-411, 3 figs.). Se trata de dos hornos construídos en el flanco de unas rocas al pie del cerro Paulino, en Balcarce, provincia de Buenos Aires; ha visto otros; los dos, expuestos, « y cualquier otro lugar de los árboles hubiera ofrecido más protección ». Otro caso, en la provincia de Córdoba, valle de los Reartes, en la cascada de un arroyito, como a 5 m del suelo, y muy bien disimulado. En la República O. del Uruguay, el doctor Ergasto H. Cordero ha publicado casos de hornos construídos sobre rocas (1931, *El Hornero*, vol. IV, n° 4, 417-418), como casos raros, y recuerda la cita de Aplin, 1894, de los que « están situados en las cimas y costados, con diversa inclinación angular, de los bloques de rocas graníticas... » También en los vistos por Cordero había arboledas cercanas, con nidos de horneros.

Un caso intermedio es el descrito por el doctor José A. Pereyra (1940, *El Hornero*, VII, 370-373) en el cual el mismo casal que durante varios años ha construído hornos en el suelo, construye uno « adosado a la pared de un arroyo, y cuya parte superior quedaba al nivel del terreno y su boca de entrada, mirada desde lejos, parecía una pequeña cueva de mamífero, confundíendose lo demás del nido con la pared de la barranca... » Este

nido fué destruído por un animal y reconstruído cerca, sobre un tronco tirado al borde del mismo arroyo; la fotografía del arroyo en Zelaya muestra que la barranca era muy baja.

Las aves terrícolas y de los pastizales estaban bien representadas, pero serán consideradas con más detalle en otro informe, correspondiente a viajes ulteriores. Entre los hermosos médanos cubiertos de pasto, matizado con el ondulante olivillo plateado, aparecía de vez en cuando en los campos de las estancias donde no permiten la caza, una banda o tropa (como se la llama) de ñanduces (*Rhea americana albescens*) con sus crías, que solemos llamar charas o charitas cuando son muy jóvenes y charabones cuando ya pueden correr libremente; pero es cosa sabida que estas crías, aptas a abandonar el nido al poco de nacidas, por lo cual están clasificadas entre las « precoces », sin embargo se mantienen mucho tiempo en tropilla, bajo la guía y custodia de los adultos.

Otras aves características eran las copetonas, lo que llamamos perdices por seguir un nombre tradicional; ésta es la *Eudromia elegans elegans*, y he dado una figura de un ejemplar montado y exhibido en el Museo, en la *Memoria* del Departamento correspondiente a este año. Tuve noticias reiteradas y ciertas que en partes muy aisladas de los campos, entre médanos altos, poco frecuentados por los pasantes, se hallaban todavía algunas perdices coloradas (*Rhynchotus rufescens pallescens*), que ya va siendo una rareza; me empeñé con los estancieros y administradores en que no se permitiese su caza. La perdiz chica (*Nothura maculosa nigroguttata*), era común.

Los loros barranqueros eran un elemento característico, pues aún viven en colonias numerosas, anidando en cuevas en las barrancas más altas y difíciles, al punto que ciertos cazadores deben descender atados con cuerdas y ayudados por aparejo cuando pretenden capturar los pichones. Es la forma *Cyanoliseus patagonus patagonus*, y es realmente dañina para los maizales y otros cultivos, siendo muy difícil de combatir, pues si para los otros loros se recomienda destruir los nidos, con éstos resulta muy difícil; sin embargo, poco a poco se va reduciendo la plaga por la mayor población de estos campos, pues las barrancas altas y de faz lisa son pocas y sólo en ellas anidan ahora estas aves que, al decir de los paisanos, « van aprendiendo »; en otras partes de nuestro litoral han disminuído mucho, pongo por caso, en las barrancas marinas de Necochea: es cierto que en éstas muchos desocupados turistas encontraban esparcimiento en mejorar su puntería, mala, según se sabe. « Los loros » como les dice el paisano, cuando uno cae herido se congregan en torno, aún cuando fuesen volando (y lo hacen alto), lo cual se aprovecha para matar más y con facilidad.

Este año tuve noticia que un modesto pajarito era considerado allí como verdadera plaga: se trataba del misto, o misto cimarrón, como lo llaman otros (*Sicalis luteola luteiventris*) que estábamos acostumbrados a llamar *Sicalis arvensis*; este pajarito es proverbial como cosa común, de poca monta; « es un misto... »; pues bien, sus bandadas, distribuídas por todo

el campo, se han mostrado francamente dañinas para el trigo, que es en Tres Arroyos el pan nuestro de mañana y pasado mañana. Será preciso estudiar esta novedad.

Un pajarito común, pero en casales o solitario, y que es un predilecto, es el simpático « chingolo » (fig. 11). Aquí se le ve sobre una de sus per-

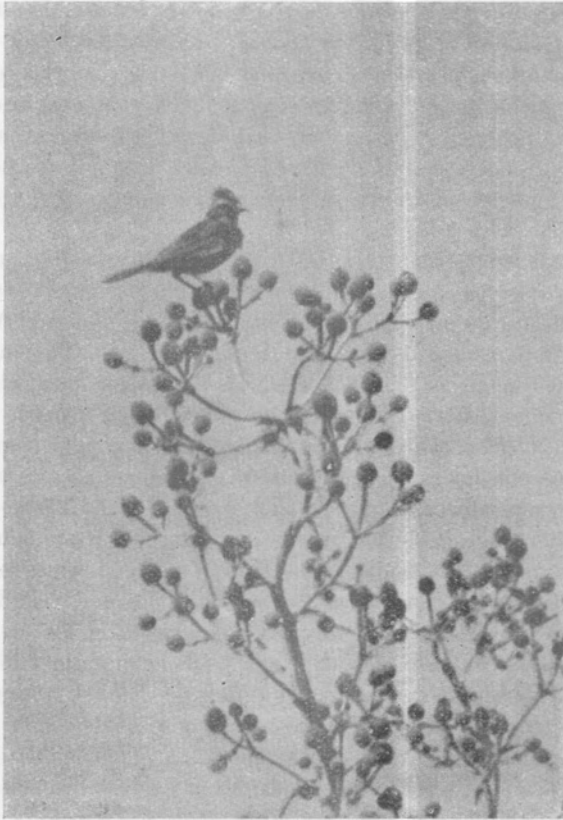


Fig. 11. — El chingolo posado sobre una carda

chas favoritas, la inflorescencia de una carda (*Eryngium spec.*) que como es muy levantada se presta para su parada erguida y con copete; recuérdese que Chapman en un artículo más accesible al común que su prolija monografía de la especie, le dió por nombre, escribiendo él en inglés, el de « Señor », porque este pajarito, con muchas razas locales se extiende genéricamente desde el sur de Estados Unidos hasta nuestro extremo sur, la especie desde Chiapas en Méjico hasta el Cabo de Hornos, es decir, que canta donde la gente dice : Señor... Reconozcamos que el sabio autor de-

muestra ingenio. Pero volviendo al de Tres Arroyos, será preciso estudiarlo a fondo, porque precisamente viene a quedar situado en el límite de distribución de la subespecie *Zonotrichia capensis hypoleuca*, como puede verse en el mapa de Chapman, 1940, y este mapa ilustra lo que decíamos sobre otros animales al principio; que desde allí hasta el comienzo de la zona patagónica y la pampeana queda un espacio intermedio que parece de desierto faunístico, donde llegan los últimos del norte y los primeros del sur



Fig. 12. — Un hurón común, *Galictis furax huronax*. Ejemplar montado para un « grupo biológico » en el Museo

y oeste; en el mapa aludido no se señala ninguna raza de chingolo para Bahía Blanca, Médanos, Patagones, San Antonio, aunque Wetmore lo coleccionó en la primera.

Respecto de los mamíferos, sólo mencionaré la presencia de numerosos tuco-tucos (*Ctenomys spec.*) que viven en sus complicadas madrigueras, sobre todo en los médanos fijados y hasta el borde de los médanos vivos, o secos, según los llaman allí; el piche (*Zaedyus pichi*) andariego, y en competencia con los peludos, cuyas hozaduras se encuentran en los pastizales; los hurones, que no escasean, y de los cuales (fig. 12) se exhibirá un grupo en una de nuestras vitrinas, habiendo logrado un casal nuestros colaboradores tan asiduos, para quien vale una palabra final de gratitud.